

en estas voces suplicó á la Diosa:

«¡A mí tambien me escucha, hija de Jove,
»poderosa Deidad! Tú me acompaña,
»como ya en otro tiempo acompañaste
»á mi padre Tideo, cuando á Tébas
»embajador marchó de los Aquivos,
»que estaban acampados á la orilla
»del Asopo, á llevar á los Cadmeos
»la palabra de paz. Fué, y á la vuelta
»muchas hazañas admirables hizo
»con tu favor, oh Diosa, que benigna
»tú le amparabas. A mi lado ahora
»tambien asiste y me defiende, y grato
»sobre tus aras luégo una ternera
»de un año, ancha de frente, no domada
»y no sujeta al yugo todavía,
»ofreceré, con oro derretido
»ántes dorando en derredor sus astas.»

Así los dos rogaron, y Minerva sus votos escuchó. Luego que hubieron á la hija del gran Jove suplicado, en medio las tinieblas de la noche cual dos leones fieros caminaban por entre los cadáveres y arneses y la purpúrea sangre. Ni tampoco Héctor á los Troyanos permitia dormir; que á junta los caudillos todos, cuantos Príncipes eran y adalides; habiendo convocado, su deseo en secreta consulta les expuso.

«¿Habrá alguno (decia) que prometa
»por un gran premio acometer la grande
»empresa que diré? Merced sobrada
»á animarle será la que le ofrezco.
»Un carro le daré con dos caballos
»de gallarda cerviz, y los mejores
»que tengan en sus naves los Aqueos.
»Esta será la recompensa, amigos,
»además de la gloria que adquiriere,
»del que se atreva en las aquivas naves
»á penetrar y ver si las custodian
»como hasta aquí, ó si ya, por nuestro brazo
»vencidos, en consejo deliberan
»sobre ponerse en fuga, y del terrible
»combate fatigados, ya no quieren
»esta noche velar.» Así decia Héctor, y todos en silencio triste quedaron, sin que nadie se ofreciera.

Hubo entre los Troyanos un guerrero que Dolon se llamaba.—Era nacido

de Eumédes el heraldo, y en precioso oro abundaba y cobre. De presencia innoble, pero mucho aventajado en la carrera, y entre cinco hermanas, el único varon de su familia.— Y este fué el que á los Próceres de Troya y á Héctor se presentó, y así le dijo:

«¡Héctor! mi corazón y valentía
»me animan á marchar á los bajeles
»de los Aqueos y explorar su campo.
»Pero tú, alzando el poderoso cetro,
»jura que me darás los dos bridones
»y el carro con metales guarnecido
»del hijo valeroso de Peleo;
»y espero ser explorador no inútil,
»ni frustrada será la confianza
»que en mí pusieres. En el campo griego
»tanto penetraré, que hasta la nao
»he de llegar de Agamenon; que en ella
»á estas horas tal vez los capitanes
»deliberando están sobre si deben
»entregarse á la fuga ó dar batalla.»

Esto dijo Dolon, y Héctor, alzando el cetro, así juró: «Sea testigo
»del juramento Júpiter tonante,
»el esposo de Juno. Esos bridones
»á ningun otro campeon troyano
»llevarán sino á tí, que para siempre
»con ellos te honrarás.» Así decia, y aunque en vano juraba, nuevos bríos á Dolon infundió, que diligente colgó del hombro el arco. Las espaldas con ancha piel de pelicano lobo cubrió despues, y en la cabeza puso un morrion con pieles de garduña fabricado. Y cogiendo una azagaya, desde el real troyano á los navíos se encaminó, de donde el infelice no debia volver, ni la respuesta á Héctor llevar que prometido habia.

Luego que del recinto de los carros y de sus tropas se alejó, animoso el camino seguia; pero Ulises las pisadas sintió, y á Diomédes dijo en sumisa voz: «Este guerrero
»viene sin duda del real troyano,
»no sé si explorador á nuestras naves,
»ó á despojar alguno de los muertos.
»Dejémosle que se adelante un poco
»por la llanura, que despues, saltando

»sobre él con ligereza, fácilmente
»vivo le cogemos. Si alcanzarle,
»por su mucho correr, no conseguimos,
»siempre tú con la pica le amenaza
»y obligale á marchar hácia las naves,
»para que ni á su campo volver pueda
»ni en la ciudad salvarse con la fuga.»

Así Ulises habló con Diomédes, y fuera del camino, entre los muertos se ocultaron los dos, é inadvertido Dolon pasó adelante. Cuando estubo á la distancia á que extenderse suelen los surcos de las mulas (que mejores son que los bueyes con el corvo arado para romper la endurecida tierra de arcillosos novales) á su espalda ambos corrian. Pero habiendo oido él las pisadas, se paró, creyendo que alguno de los suyos á llamarle vendria y á decirle que volviese á su rancho, porque Héctor no queria que más se adelantase. Cuando á tiro estaban ya de lanza ó algo ménos, conoció que eran tropas enemigas, y sus ágiles piés para la fuga á mover empezó; pero en su alcance iban los dos corriendo. Como suelen dos galgos corredores, los agudos colmillos enseñando, si la caza sintieron, perseguirla, ya cervato, ya liebre sea, por el bosque umbrío, y el tímido animal corre anheloso; así Diomédes y el sagaz Ulises, despues que de los suyos le cortaron, á Dolon perseguian, sin dejarle tiempo de respirar. Cuando ya estaba huyendo hácia las naves, muy cercano al escuadron de guardia, más ligeros Pálas hizo los piés de Diomédes, para que ningun otro de los Dánaos gloriarse pudiera de haber sido el primero en herirle, y él llegase segundo ya. La formidable lanza blandiendo, pues, le amenazó y le dijo;

«Ó te pára, ó lanzándote la pica,
»te alcanzaré con ella, y largo tiempo
»no tardarás en recibir la muerte
»de mi mano.» Diomédes así dijo, y su lanza arrojó; pero de intento erró el tiro, y pasando por encima

del hombro izquierdo, se clavó en la tierra la poderosa lanza. El infelice se llenó de terror, y la corrida suspendiendo, la barba le temblaba, los dientes le crujían y del miedo pálido se tornó. Los dos Aquivos, que anhelantes corrian, le alcanzaron y con la mano asieron, y él, ardientes lágrimas derramando, así decia:

«Vivo me cautivad; de rescatarme
»yo cuidaré despues. Hay en mi casa
»bronce y oro, y de hierro fabricado
»mucho abundancia, y os dará mi padre
»lo que pidais vosotros, si entendiere
»que vivo estoy en las aquivas naos.»

Díjole entonces el sagaz Ulises: «No temas, ni la imágen de la muerte
»á tu ánimo se ofrezca. Dime ahora...
»y en todo la verdad fiel responde.
»¿Adónde así, tan léjos de tu campo,
»solo y hácia las naves te encaminas
»en medio de las sombras de la noche,
»cuando reposan los mortales todos?
»¿Ibas á despojar algun cadáver?
»¿Es Héctor quien te envia á que averigües
»lo que se dice y hace en nuestro campo,
»ó tu mismo valor te lo aconseja?»

Respondióle Dolon, y las rodillas le temblaban: «Es Héctor quien con muchas
»súplicas y promesas me ha sacado
»fuera de mi razon. Me ha prometido
»darme los hermosísimos bridones
»del hijo valeroso de Peleo,
»y su carro en labores variadas
»de lucientes metales guarnecido.
»Y me encargó que entre la oscura sombra
»de la noche, que rápida se aleja,
»al campo de los Griegos me acercara
»y viera si custodian los bajeles
»como lo han de costumbre, ó si, vencidos
»en la pelea, de ponerse en fuga
»tratando estaban, ni velar querian
»ya esta noche, rendidos al cansancio.»

Al escucharle, sonrióse Ulises y en tono burlador así le dijo: «Grande es el galardón que tú esperabas
»recibir: los caballos nada ménos
»que la carroza tiran del valiente
»nieta de Eaco, y que mortal ninguno
»domeñar puede ó cabalgar en ellos,

»sino Aquiles, el hijo de la Diosa.
 »Pero dime tambien y me refiere
 »la verdad toda. Cuando aquí viniste,
 »¿ dónde á Héctor dejaste el animoso?
 »¿ dónde tiene sus armas y su carro?
 »¿ en dónde sus bridones? De los otros
 »guerreros ¿ dónde están las atalayas?
 »¿ dónde los ranchos? Y tambien me cuenta
 »lo que entre sí consulten. ¿ Se proponen
 »aquí permanecer, lejos de Troya
 »y cerca de las naves, ó volverse
 »á la ciudad, habiendo ya vencido
 »á los Aqueos?—«¡ La verdad desnuda
 »(dijo Dolon) escucharás, Ulises!
 »Héctor, de los caudillos rodeado
 »que asisten al consejo y del bullicio
 »distante de la tropa, hácia el sepulcro
 »del antiguo Rey Ito les consulta
 »sobre lo que ha de hacer. Las atalayas
 »que me preguntas, héroe, no hay ninguna
 »señalada que guarde el campamento
 »y vigilante ronde. Los Troyanos
 »en torno á las hogueras numerosas,
 »como más obligados, esta noche
 »sin dormir pasan y á velar cuidadosos
 »se animan entre sí: los auxiliares,
 »que de lejanas tierras han venido,
 »todos en sueño yacen, y á los Teucros
 »la guardia de los reales confiaron,
 »pues ellos ni aquí tienen sus esposas
 »ni sus hijuelos.» Y el sagaz Ulises
 le preguntó tambien: «¿ Y confundidos
 »con los Teucros están, ó por naciones
 »divididos, acampan separados?»
 Respondióle Dolon: «Cuanto preguntas
 »yo te diré, sin ocultarte nada.
 »Los Carios hácia el mar, y los Peonios
 »y Lélegas, Caucones y Pelasgos,
 »acampanos están; tocó por suerte
 »á los Licios y Misios valerosos,
 »y á los Frigios jinetes, y á los claros
 »hijos de la Meonia, hácia la parte
 »de Timbra hacer sus ranchos. Mas ahora,
 »¿ á qué fin estas cosas me preguntas?
 »Si en el real quereis de los Troyanos
 »penetrar, á esta parte, los postreros
 »de todos y del resto divididos
 »del ejército, están los fuertes Tracios,
 »que acaban de llegar. Su rey es Reso,
 »de Eýoneo nacido, y sus bridones

»hermosísimos son y de gran talla.
 »Yo los he visto, y á la nieve mucho
 »exceden en blancura, y á los vientos
 »en el correr igualan. Guarnecido
 »con chapas de oro y plata reluciente,
 »en hermosa labor, está su carro:
 »es de oro la armadura y de gran peso,
 »y á la vista admirable. Tales armas
 »á un mortal no convienen; deberian
 »las Deidades usarlas. Á mí ahora
 »á las naves llevadme, ó aquí mismo
 »dejadme atado en fuerte ligadura,
 »hasta que hubiereis vuelto y comprobado
 »si lo que yo os he dicho es verdadero.»

Con torva faz mirándole ceñudo,
 Diómédes le dijo: «No tú esperes
 »ya más tiempo vivir, aunque noticias
 »nos acabas de dar tan importantes,
 »una vez que en mis manos has caido.
 »Si libre te dejásemos ahora
 »ó haciéndote cautivo, por rescate
 »la libertad cobraras algun dia,
 »á las naves vinieras de los Griegos
 »otra vez á espiar ó hacernos guerra;
 »pero si yo te paso con mi lanza,
 »no ya más dañarás á los Aquivos.»

Dijo, y el triste la robusta mano
 tendía ya para rogar humilde
 á Diómédes, asiéndole la barba;
 pero el Aquivo, la cuchilla alzando,
 le dividió del cuello la cabeza,
 cortándole á cercen ambos tendones
 cuando la voz articular queria,
 y en la arena cayó. Le despojaron
 del morrión y de la piel de lobo,
 del arco y la azagaya. Y reuniendo
 Ulises los despojos en su mano,
 los ofreció á Minerva, que preside
 á los saqueos, y en humildes voces
 asi la suplicaba: «Acepta, Diosa,
 »estos despojos: la primera siempre
 »los dos te invocaremos entre todos
 »los Dioses del Olimpo. Ahora guía
 »los pasos de los dos hácia el paraje
 »en que de Tracia están los campeones.»

Así dijo, y en alto levantadas,
 de un tamariz las suspendió. Y cogiendo
 flexibles cañas y frondosos ramos
 del tamariz, y haciendo un hacecillo,
 en señal le dejó, porque á la vuelta



entre las sombras de la noche oscura no de largo pasasen sin tomarlas. El camino siguieron, ya las rotas armas pisando, ya la negra sangre, y al escuadron vinieron de los Tracios, que, vencidos del sueño y la fatiga, descansaban en plácido reposo, y en derredor sus refulgentes armas cerca de sí tenían sobre el suelo por orden colocadas. Tres hileras se veían de ricos pabellones, y en cada cual, á la carroza atados, dos bridones habia, y en el centro del Rey el ancho pabellon se alzaba. Y no léjos del lecho en que yacía estaban sus bridones, con correas á la parte anterior de la carroza atados en la punta prominente de la circunferencia. Fué el primero que le vió Ulises, y á Diomédes dijo :

«Este es el adalid, oh Diomédes, »y estos son los caballos que decia »á nosotros Dolon, á quien matamos. »Muestra aquí tu valor y no las armas »ociosas tengas : los caballos toma, »ó mata á los guerreros y me deja »de tomar los bridones el cuidado.»

Mientras hablaba Ulises, ya Minerva infundiera valor á Diomédes, y revolviendo la tajante espada á derecha é izquierda, estrago horrible en los Tracios hacia, y con su sangre la arena enrojeciendo, los gemidos de los que heridos eran. Como suele fiero leon acometer hambriento al rebaño de ovejas ó de cabras, si mal guardadas las halló en el campo ; así mataba el hijo de Tideo los guerreros de Tracia, hasta que doce hirió con la cuchilla. Mas Ulises, asiéndolos del pié, los arrastraba á un lado del camino, porque luego los caballos pasaran fácilmente ; no acaso, los cadáveres pisando, se espantasen al verlos pues no estaban avezados aún por entre muertos á correr en las lides: Cuando el hijo de Tideo llegó á la hermosa tienda del Rey, que en grande agitacion dormia

porque Minerva le enviara en sueños la sombra pavorosa del valiente nieto de Eneo, de la dulce vida le privó, y á los doce que inmolara éste más añadió. Y en tanto Ulises, los bridones asiendo y con las riendas atándolos, del campo los sacaba con el arco aguijándolos ; que habia olvidado tomar de la carroza el látigo brillante de su dueño : y para que entendiera Diomédes que en su poder estaban los caballos, silbó despues. Y detenido el héroe dudando cuál seria más glorioso, entre dos pensamientos fluctuaba : si del timon asiendo la carroza donde del Rey estaba la armadura fuera la sacaria, ó en los hombros poniéndola y en alto levantada, ó si á otros muchos Tracios mataria.

En tanto que en su mente irresoluto y en su ánimo estas dudas agitaba, Minerva se acercó y así le dijo :

«Piensa ya en retirarte á los bajeles, »no acaso te persigan los Troyanos »si otra Deidad del sueño los despierta.»

Obedeció Diomédes á la Diosa, y saltó cada cual en un caballo. Los agujaba Ulises, y gozosos ellos volaban á las griegas naves.

Y no fué Apolo inútil atalaya: que altamente irritado con Minerva cuando vió cómo al hijo de Tideo acompañaba, en el inmenso campo penetró de los Teucros y cuidadoso despertó á Ipcóonte, alto caudillo de los Tracios y deudo muy cercano del Rey, y valeroso. Cuando el sueño hubo ya sacudido, diligente saltó del lecho, y como vió vacío el sitio en que estuvieran los bridones, y en medio de la sangre palpitando todavía los muertos, dolorosos gemidos despedia y por su nombre al amigo llamaba. Los Troyanos, que sus voces oyeron y suspiros, grande clamor alzaron, y en tumulto á ver aquel estrago concurrian; y de estupor heridos, contemplaban cómo empresa tan grande y peligrosa

acabaran dos solos campeones
y á sus naves tranquilos se volvieron.

Cuando éstos ya llegaban al paraje
donde muerto dejaran al espía
por Héctor enviado, los bridones
detuvo Ulises. Y saltando en tierra,
el hijo de Tideo los despojos
ensangrentados en la diestra puso
á Ulises, y otra vez en el caballo
subió y á que marchase le aguijaba,
y corrían los dos á los bajeles
y llegar deseaban. El primero
de todos sintió Néstor el ruido,
y decia á los otros capitanes:

« ¡ Amigos! ¿ será falsa ó verdadera
» mi conjetura? El corazon me inspira
» declararla. Resuena en mis oidos
» un ruido de caballos que corriendo
» hácia nosotros vienen. ¡ Ah! si Ulises
» y el bravo Diomédes al instante
» aquí llegaran y cogido hubiesen
» dos hermosos caballos á los Teucros!...
» Pero mucho recela el alma mia
» que los dos más valientes adalides
» hayan muerto tal vez de los Aqueos,
» cercados de enemigos numerosos.»

Al decir estas últimas palabras
ya llegaban los dos y del caballo
en tierra ya saltaban. Los caudillos
se alegraron al verlos, y la diestra
alargando, la dulce bienvenida
les daban en palabras cariñosas;
y Néstor, más que todos impaciente,
estas preguntas hizo: « Di, te ruego,
» esclarecido Ulises, honra y gloria
» de los Aqueos! ¿ Dónde esos bridones
» habeis cogido? ¿ Acaso de los Teucros
» penetrando en la hueste, ó ya propicia
» en don una Deidad os los ha dado
» al camino saliendo? Semejantes
» son al rayo del Sol. Entre las filas
» penetro siempre yo de los Troyanos
» el día de batalla, y en las naves
» nunca yo me quedé, por más que sea
» anciano campeón; pero mis ojos

» nunca otros tales vieron, ni he sabido
» que en Troya los hubiese. Conjeturo
» que una Deidad, del cielo descendida,
» os los ha dado. Ni admirable fuera,
» que á los dos ama el soberano Jove
» y Minerva tambien.» Respondió Ulises:
« ¡ Oh Néstor de Neleo, honor y gloria
» de los Aquivos! Fácil le seria
» á un Dios, si le pluguiese, estos caballos
» otorgar á cualquiera, y aun mejores;
» que inmenso es el poder de las Deidades.
» Mas estos dos que ves son de la Tracia,
» y acaban de llegar. Mató á su dueño
» Diomédes animoso, y á su lado
» hasta doce valientes campeones:
» y ántes cogido habíamos y muerto,
» cerca ya de las naves, á un espía
» que Héctor y los Troyanos adalides
» á explorar nuestro ejército enviaban.»

Así decia, y por el ancho foso
hizo pasar ufano á los bridones;
y los otros Aquivos le siguieron,
gozoso el corazon. Cuando venido
hubieron ambos á la tienda hermosa
del hijo de Tideo, los bridones
ataron con fortísimas correas
al pesebre en que estaban de su dueño
los otros velocísimos caballos,
dulce trigo comiendo, y en la popa
de su navío las sangrientas armas
suspendió Ulises de Dolon, en tanto
que á Minerva el solemne sacrificio
podían ofrecer que prometieran.
Y entrándose en el mar, los dos lavaban
el sudor que abundoso les corria
de las piernas, los muslos y los hombros.

Cuando el agua del mar hubo limpiado
el sudor de la piel, y recobraran
ellos las fuerzas, en hermosa pila
entraron de agua dulce y se bañaron.
Y al salir de la pila, con aceite
se ungiéron y asentaron á la mesa,
y con la copa de oro las primicias
en honor de Minerva derramaban.

LIBRO UNDÉCIMO

ARGUMENTO

*Ármase Agamenon muy prontamente,
y hace armar á sus tropas diligente.
Queda de los troyanos victorioso
en el primer encuentro: más furioso,
con el favor de Jove, Héctor valiente
hace horribles estragos en su gente.*



A la aurora saltaba de su lecho
al hermoso Titon abandonando,
para llevar la luz á los mortales
y á los Dioses eternos, cuando Jove
en medio de las naves de la Grecia
arrojó la discordia, que en la mano
llevaba la señal de los combates.
Subióse la Deidad en la alta popa
de la nave de Ulises; porque estando
en medio de las otras colocada,
llegar su voz podia hasta la tienda
de Ajax de Telamon y la de Aquiles;
pues estos dos, en su valor fiados
y en la pujanza de su brazo fuerte,
las últimas sus naves colocaran.
Y allí subida, en ecos espantosos
y penetrante voz á los Aquivos
á la guerra animaba y en el pecho
grande valor á todos infundia
para que á los combates y peleas
sin cesar asistiesen animosos;
y á todos ya más dulce la batalla
les parecia, que en las hondas naos
embarcados volver á sus hogares.

El Atrida tambien alto gritaba

mandando que á la lid se apercibiesen
los escuadrones todos, y entretanto
él se vestía sus brillantes armas.
Puso primero las bruñidas grevas
de las piernas en torno y al tobillo
las ajustó con argentados broches,
y el pecho se ciñó con la coraza
que Cíniras le diera de hospedaje
en perpetua señal. Porque hasta Chipre
la fama penetró de que los Dánaos
contra Ilion marchaban en sus naves,
y hacerse grato Cíniras queriendo
al Rey Agamenon, esta coraza
le ofreció generoso. La cubrían
diez listones de acero pavonado,
doce de oro macizo y otros veinte
de estaño, y de la gola tres dragones
se levantaban, la cabeza erguida;
y en los cambiantes de la luz al íris
semejaban que el hijo de Saturno
en las nubes fijó para que fuese
fausto signo de paz á los mortales.
La espada, en cuyo pomo relucían
clavos de oro finísimo (la vaina
de plata era maciza y los tirantes